

Femenino

Lecturas Empolvadas

De uno de los anaqueles asoma Pío Baroja, como adelantándose en el orden de las letras. Más atrás se esconde Andrés Sabella, acompañado de un Ernest Hemingway representado por *El Viejo y el Mar*.

Sumatoria de decenios. ¿Cuántos años completarán Joaquín Edwards Bello con Thomas Mann? ¿Por qué Sartre nos deja una esquivia Náusea y Garcilaso de la Vega su poesía bucólica?

Para reencontrarse con la historia lingüística, portadora del saber culto y popular, no hace falta acudir a una médium que ayude al cantar de los cantares emplumados. Ni bolas mágicas, ni platos rotatorios.

Basta sólo con asistir a la Primera Feria del Libro Usado que hasta el 25 mantendrá, en su sede de Santo Domingo y Mac Iver, la Universidad Mayor. O más permanentemente... caminar por San Diego: el palacio de los libros de ayer. La antítesis para la mente esnobista.

VOLVER...

Entre tanta bagatela y embelecos del comercio callejero, Ramiro Sepúlveda se asoma al portentoso mundo de las librerías de libros viejos. Las visitadas por un público multirracial, buscadores del eslabón perdido.

Es que aquí, no le cabe duda, la calidad va por dentro. Por eso hoy quiso hacer historia.

Y acordándose de cuando era chico y venía después de clases (institutano, el muchacho) a comprar el último número de la revista *Ecran*, se decidió a enfrentar el ayer con completa madurez.

La misma calle, el mismo encanto. Pero mucho más ruido, tránsito y el infatigable esmog. De esa pequeña selva encuadrada, sólo pudo ver el paso al cemento y un 'llévele oiga', al por mayor.

Pero sabe que también hay otras transacciones.

Doña Alicia Landauro está en esas artes por más de 37 años. Todavía la recuerda. Una galería donde los libreros se hinchaban de pura sabiduría.

El negocio comenzó el día en que ella y su marido compraron la librería a un alemán. Finalizaban los cincuenta cuando —aún lo recuerda con cariño—, el recinto se llenaba de clientes conocedores de primeras ediciones, de diferentes autores, de libros de antaño...

—El elemento era muy bueno. También teníamos gente de Valdivia, alemanes que venían a comprar en alemán o en francés. Pescamos un período lindo, de gente preparada. Pero ésta se va, jubila, se cierra la Caja de Empleados Públicos. Ahora nos toca lo peor de la juventud —razona con pena.

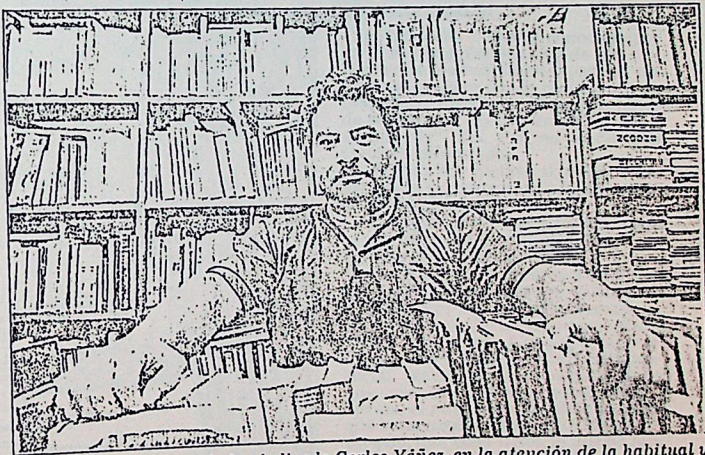
Adentrándose en las callecitas de concreto y cuanto bártulo ofrezca la imaginación popular, salen al paso como monstruos cargados de recuerdos.

'Un libro, un amigo', recitó el profesor de la época. Y usted partió rauda a comprar las enseñanzas empastadas.

A San Diego, por supuesto. Reino de libreros, palacio de anticuarios, casona de mortales.

Con el tiempo a cuestas, aún quiere dejarse ser...

Aunque lo pillen las micros y el cuasi metro que no fue.



ONCE AÑOS DE su vida ha dedicado Carlos Yáñez, en la atención de la habitual y no tanto, clientela de San Diego.

Pareciera válido eso de que el 'tiempo pasado fue mejor'. Los jóvenes de nuestros días se conforman con leer versiones resumidas, sin la pequeña gran virtud de convertir a la lectura en un aliado.

Joven y todo (apenas en los 28), Luis Rivano —hijo del igual llamado librero por casi un cuarto de siglo, dramaturgo y escritor— coincide con las apreciaciones de doña Alicia:

—Se supone que cuando un niño va en cuarto básico, es la edad en que se le puede inculcar la lectura. Los propios profesores atentan contra esto, pidiéndoles ediciones resumidas. Es para llorar.

Ajeno a las recriminaciones profesionales, Ramiro Sepúlveda se acerca, en el intento por recordar. Por el puro gusto de hacer memoria de ese tiempo donde el leer era natural.

CURIOSOS Y VOLADOS

Entonces entra a una librería cualquiera.

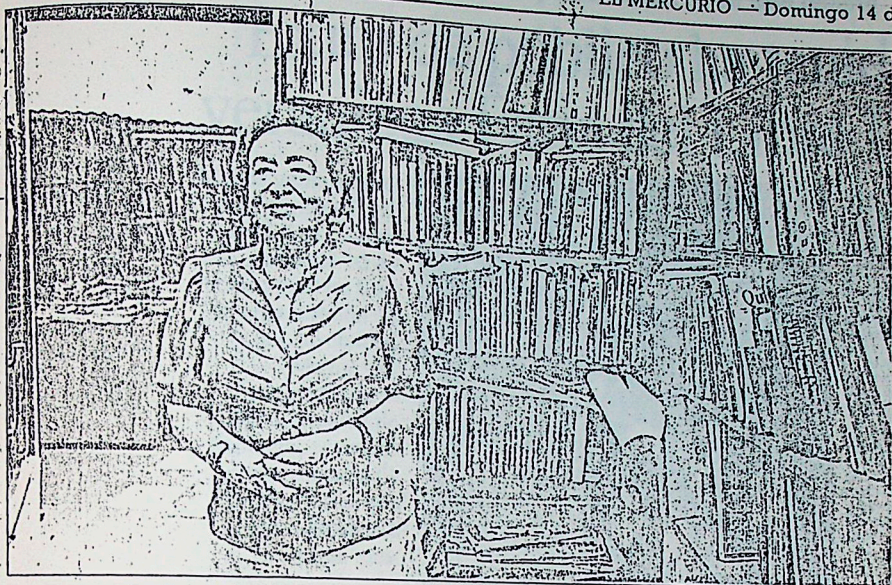
El azote de ese olorcito a literatura vieja, producto de los años y los recuerdos. Entre tanta revista y estantería llena, no se atreve ni a preguntar. 'Ante la duda, abstente', recuerda.

La voz de doña Alicia vuelve a replicar:

—Generalmente, los clientes vienen para distraerse un rato. Aprovechan de mirar, de leer, y si se tientan con algo, les digo: esto es como el supermercado; busque y vea qué le tienta. Porque nunca vienen con algo determinado.

Aunque hay otros que sí, como el sector que pide libros por encargo. Incluso algunos escolares, que ya quieren preparar su paso a la universidad con una buena colección de facsimiles. Pero a decir verdad, los clientes se vuelven medios tímidos al momento de formular sus peticiones.

—La gran mayoría viene a ver qué encuentra de interesante, nunca pide



ALICIA LANDAURO HA mantenido intacto durante 47 años el orden de los libros. Especialmente para aquellos que gozan del placer de recordar.



"AQUI UNO VE todos los días, cien temas, personas y ánimos distintos. Entonces te conviertes en psicólogo, orientador, asistente social y psiquiatra", asegura Luis Rivano, hijo del igual llamado librero, escritor y dramaturgo.

ningún libro, y si no lo encuentra, se van sin preguntar... y capaz que esté, dice risueño Carlos Yáñez, quien lleva casi once años instalado tras el mesón.

Esos son los primerizos, novatos, inexpertos en este quehacer exploratorio. A los habituales no les hace falta preguntar, ni al librero hacer preguntas. Ellos son de los que piensan dos veces, reconocen errores, discuten, y tratan de enseñar y enseñarse.

Ramiro, mientras tanto, observa. Han cambiado algunos rostros (cómo pasa el tiempo!), algunas estructuras formales, pero aún permanece el encanto de lo que fue. Infla sus pulmones: es como estar en casa.

Una que invita en tropel. unitarios o colectivos; la que incluso acepta las preguntas más descabelladas. Luis Rivano hijo, no ha dudado en las respuestas.

—Hay gente que entra y pregunta: ¿Aquí venden libros? Yo les digo: 'Sí,

de repente me llega uno'. O bien: '¿Me puede vender este libro?', cuando uno se los está mostrando para que lo vea, recomendándoselo... Son dos preguntas claves y pasan muy a menudo; así que no es de uno que otro volado.

SEÑORES DEL OFICIO

Tragados por la boca de las letras, entran sin cesar jóvenes y viejos, niños y mamás, universitarios y gente del mundo literario. Piden libros de ocasión, técnica, la *Vea* (antigua, por supuesto), *El Peneca*, los solicitados cómics, los infaltables textos escolares.

En estas tierras no hay pauta fija para el tipo de cliente. Aunque sí, temporadas de venta.

Por estos días, se le ha dado firme al libro para la playa, el campo o la ciudad.

—Se venden revistas para las vacaciones, para los niños; policiales para los caballeros, las señoras llevan *bestsellers*... comenta doña Alicia.

Paciencia. Y mucho conocimiento en la materia. Porque esto de ser librero de mamotretos del pasado, no es asunto que se pueda realizar así no más. Doña Alicia alaba las capacidades de su marido. "Es una enciclopedia ambulante", dice. Por eso deben estar siempre informados.

Tanto, que incluso algunos aseguran que se aprende más que en cualquier profesión.

—Aquí uno ve todos los días cien temas distintos, cien personas y estados de ánimo diferentes. Automáticamente te conviertes en un psicólogo. Después, es necesario llevar a los clientes a lo que ellos desean, entonces te conviertes en un orientador. Y más aún, cuando hay que ajustarse a los precios, te conviertes en asistente social. Incluso hasta en psiquiatra: hay que sacarle al cliente lo que quiere, porque él no lo sabe. De ahí que haya que interrogarlos acerca de lo que estudió, que edad tiene, lo último que leyó... —reconoce Rivano hijo.

Este joven, que desde los doce años se ha visto envuelto en el mundo de los libros de San Diego, moldea su vida de acuerdo a las enseñanzas cotidianas. No es extraño entonces que a nadie lo trate de 'usted', exceptuando una 'dama'. Relación 'tú a tú' que incluso mantiene con los que lo aventajan en medio siglo.

—Al viejito González, Don Eduardo, lo conozco desde que era un pergenio. Tiene cerca de 70, igual lo tutco. Uno se acostumbra a tratar a las personas con una facilidad insospechada.

Y a Ramiro Sepúlveda tampoco se le olvidó esa espontaneidad en el trato. Por eso, cuando vio asomarse por la puerta a don Alejandro Machuca, su profesor jefe de aquellos años escolares, no dudó en darle un abrazo con un 'cómo estamos, hombre'.

Habían formalizado una amistad pactada, el día en que —unos 30 años atrás— se encontraron en una vieja librería... discutiendo quién se queda con el último ejemplar de la revista *Ecran*.

Cosas de San Diego.

Ximena Chávez Velásquez